

Onofre Bórquez Barriá

"Onofre Bórquez Barriá (1916), puntarenense, quien, después de haber alcanzado galardones en varios certámenes poéticos, tiene actualmente en preparación su primer libro. En 1984 fue incluido en la selección de < Nuevos poetas magallánicos > publicada por la filial de la Sociedad de Escritores de Chile en la zona". ("Historia de la literatura de Magallanes", Ernesto Livacic Gazzano, 1988).

"Nuevos poetas magallánicos" recoge sus poemas "Hosanna a Pablo Neruda" y "Peregrinaje del agua". Onofre Bórquez hizo sus estudios primarios en la Escuela Nº 23 de Villupulli, Chiloé, y secundarios en los colegios franciscanos de Castro, Osorno y Santiago. Completó sus estudios para sacerdote franciscano en Santiago, Buenos Aires y Barcelona. Como miembro de la Orden Franciscana viajó por varios países americanos y europeos.

En 1938 obtuvo los premios "Universidad de Montevideo" y "Zig-Zag" por sus narraciones "Amanecer Andino" y "La duda del anacoreta", respectivamente. En 1939 el "Gaceta de Carabineros" por su relato "Asalto y toma del Morro de Arica". En 1977 compartió el premio "Parenazon" con su ensayo "Magallanes 2000". Fue columnista colaborador de los diarios "El Magallanes" y "La Prensa Austral".

El 9 de enero de 1994 el diario primeramente citado, expresa lo siguiente a consecuencia de su fallecimiento ocurrido el día anterior: "[...] Hoy, al momento de la partida, recordamos al poeta, al escritor sin fronteras, que irradió siempre simpatía y manejo florido del idioma".

En el Suplemento literario Nº 13 de "El Magallanes" aparece su relato "Mundo cosmográfico de Magallanes" y en el Nº 64 "Clarividencias del navegante Chelle Gallardo Vera", del cual extractamos:

"Párrafo aparte merecen los relatos que don Chelle nos hizo, una y otra vez, de los viajes por mar con destino a Centroamérica, llevando en convoy lanchones muy bien labrados y de suyo apetecidos en esas latitudes, en faenas y viajes de cabotaje, de esos países y para los mismos, debidamente matriculados.

"Pero el hombre está señalado por mayorías pensantes, que en la tierra es sólo un peregrino y que el tiempo porfiado y traicionero lo tumba en algún recodo del itinerario, o lo sepulta en el mar bravío, o lo hace ceniza prematuramente. ¡No en vano dicen reiteradamente que la vida tiene extrañas fronteras".

Cuchatantsh

por Alvaro Barros Valenzuela (*)

Ushcuf. Comienzos de verano. Sol. Hasta donde quiera mirarse, ninguna nube. Desde Tekenika viene el oleaje suave.

Un enorme alucush macho espera junto al agua espulgándose el plumaje. La hembra estará en su nido empollando.

Cuchatantsh con sus cinco añitos, corre desnudo entre las piedras. Una shusháwaia de hueso de ballena. La punta pequeña como su dedo chico. Lanza el arponcito y va a recogerlo. Siempre a un claro de arena para que no se rompa. Papá Ucacu lo había fabricado muchas noches antes a la luz del fogón donde se asaba la cabeza de foca. El último trozo. El niño corre y recuerda que mamá había hablado. Se necesitaba más comida. "De un momento a otro caerá otro hermanito". Mamá Yayivósh preparó tres pieles de chungungo sacándole los pelos más tiesos. Mientras el cuchillo de choro pulía el pequeño dardo, mamá terminó de unir las pieles suavísimas con el fino nervio de ballena, tras horadar los bordes con la aguja de hueso. Ya podrá venir el hijo. No. No queda carne de foca. Los lobos se han ido de Ushcuf, más allá de Samajani.

"Anda con prudencia, ao yámana. Nuestra criatura va a ver la claridad. Anda. Vatahuineiva nos tiene abundante aceite de amash detrás de los tímpanos. Navega con prudencia, mi Ucacu".

Mamá sabe que la guagua crecerá robusta si puede darle leche después de comer carne de foca. Pero han ido a parir detrás de los tímpanos más allá de Samajani.

Papá subió muy de madrugada al

anán nuevo. Lo acompaña la niña Walinja. A los nueve años sabía perfectamente llevar el fuego al centro de la canoa de modo que jamás se apagara. Sería un viaje muy provechoso. Sería un viaje rápido. ¿Qué podría impedirlo? ¿Quién más diestro que Ucacu? ¿Quién arponeó a más distancia? ¿Quién había cobrado el lobo más inmenso, más fiero?

Es noche, después de terminar treinta shusháwaia y haberlas cocido por segunda vez en el resto del aceite, de una astilla sobrante salió el pequeño arponcito para Cuchatantsh. Este dormía en su hueco, encogido, cubierto por el plumón de cueros de alucush. Muy temprano, los remos impulsarían al liviano anán. ¿Por qué inquietarse?

"Vuelve pronto, hombre. Que Vatahuineiva conduzca tu arpón"

Había empujado la embarcación sobre el agua, luego amarró atrás el anán viejo por si traían más carga. Sólo serían tres días. Poco más, muy poco más, y nacería la criatura. Habría tiempo para todo. Habría mucha comida.

"Vuelve pronto".

Cuchatantsh mira a su madre sentada a la puerta del toldo, el rostro pintado a gruesos trazos blancos, señal de la muerte. En los brazos sostiene a la niña. Pequeñísima. Al despertar hoy con el sol, ya la tenía. Sin fijarse en ella, asomaba incansable el rostro abrumado. El mar no devuelve a Ucacu. Han transcurrido catorce días.

(*) Alvaro Barros Valenzuela (1931), escritor chileno, especialista en temas de las etnias meridionales. Entre otros libros ha publicado "Aborígenes australes de América" (1974), "Al sur del Beagle" (cuentos, 1976) y "Lennox, Nueva, Pícton" (cuentos, 1978).

Comentario de libros

Una poetisa de Río Gallegos

por Anselmo López

"Las formas del silencio", poemas de Flota Rodríguez Lofredo, Formato de 20 por 14 cm. Editorial Stilcograf, Buenos Aires, 1993. La publicación de este libro ha sido posible gracias a los generosos auspicios del Ejecutivo Municipal de El Calafate, cuyo Intendente Municipal Julio Oscar Gómez lo presenta a los lectores de la provincia de Santa Cruz, expresando en sus comienzos:

"Afianzar lo cultural como una forma de defender lo nuestro es obligación de quienes tenemos la responsabilidad de gobernar. Olvidar la cultura sería cerrar los ojos a la realidad y malograr nuestro destino.

"Por eso hoy estamos contribuyendo desde el Ejecutivo Municipal y desde el Honorable Concejo Deliberante al nacimiento de una nueva obra poética. En este tiempo y en este lugar, quedan reveladas para siempre "Las formas del silencio".

"Lo hacemos en el convencimiento de sumar la emoción de un canto sostenido y permanente, al cual Flora Rodríguez Lofredo nos tiene acostumbrados".

En efecto, esta poetisa ha sido la animadora literaria inconfundible de estos últimos veinte años de actividad en la región patagónica argentina. Desde 1975, sus libros se han sucedido con una labor de íntimos y frecuentes títulos que la hacen

merecedora a la admiración de sus múltiples lectores. Siempre hablando de su tierra en versos conmovidos y hermosos, Flora Rodríguez Lofredo mantiene en alto los símbolos de la poesía cuando dice:

"El pulso de la patria está en la tierra donde la Cruz del Sur es un latido, donde la voz de los pioneros se alza sobre el polvo inclemente de los siglos.

Nos duelen en el pecho las vigili-
as, tanta raíz quebrada y tanto olvido,
tanta tierra cavada y tanta muerte,
tanto olvidar llegadas y partidas".

Los volúmenes en verso de esta poetisa se han sucedido vertiginosamente y ya forman once en la producción total de su autora, desde "Perfil del viento", publicado en 1975, hasta "Las formas del silencio" de 1993. Sus libros nos hablan sencilla y amablemente de sus tierras del sur, de sus vientos inclementes, de sus enormes distancias y sus soledades abismante. Y siempre activa y presenta en su memoria la ciudad de Río Gallegos, a quien la recuerda cuando era aldea:

"Te recuerdo aldea,
apenas un punto
en la pampa inmensa,
un puñado apenas
de esfuerzos rondaban
tus calles de tierra,
y el saludo afable
de tu gente buena".

A través de las páginas de este libro, la poetisa Flora Rodríguez Lofredo hace una confesión de fe y de amor por sus lugares amados: el sur respira en sus versos con las fuerzas de su naturaleza hostil y siempre querida por sus habitantes, que recibieron la herencia poderosa de los pioneros. Cantos que nos hablan de una tierra particular y provechosa, pura y vehemente.

Poesía de Valparaíso

Alejandro Galaz (1905-1938)

El poeta Alejandro Galaz nació en Casablanca y es el famoso autor de "Romance de infancia", conocido por todos sus versos inolvidable: "Trompo de siete colores / sobre el patio de la escuela / donde la tarde esparcía / sonrisas de madre selva..." Alejandro Galaz publicó en vida los libros "Molino" y "El romancero de Pipo", este último una serie de poemas breves que hacía propaganda a los cigarrillos "Populares", de esa época. Luego de su muerte, la municipalidad de Valparaíso le rindió un homenaje al editar "Sonidos de flautas en el aire". En 1983, la municipalidad de Casablanca, su pueblo natal, le publicó el libro antológico "Trompo de siete colores". Presentamos uno de sus poemas.

Lejano país

(A mi corazón)

Mi alma era un paisaje esmaltado de sol.

Se abren los días muertos como un abanico
y en su media luna aparecen
las leyendas de la infancia.

Pálidas princesas jugaban conmigo
y el alba
era una cesta de palomas.

Días de azul esperanza,
azules noches de los cuentos,
¡oh lejana melodía llorando en el sendero!

Flores de papel,
la lluvia del tiempo ha desteñido
las horas antiguas y no vividas.

Un llanto de organillo se me cae del alma.
A árboles de entonces también se les cayeron las flores.

¡Qué distintos naipes
barajan tus manos, ahora, Alejandro!

¡Tiene tantas esquinas, tantas sombras la vida!